

hasta algo así como tenedor de libros en Nueva York. (Es oficio tan noble como otro cualquiera: Martí lo ejerció). Pero Martí había nacido para otro menester. Sin embargo sacrificó y nos sacrificó a nosotros, una estu- penda creación literaria por la libertad de Cuba. Bello sueña en Venezuela pero desde Lon- dres y se va a Chile. Allí organiza y legisla y pone en orden la lengua; y lo demás. Lasta- rria, el teórico del liberalismo chileno, amara- do. Hostos, ejemplar, sembrando enseñanza en distintas latitudes. Juan Vicente González, a quien conocemos todos tan bien. Y Cecilio, el dulce y sabio cuyas *Cosas sabidas y por sa- berse* nos la debíamos aprender de memoria los venezolanos. Cecilio melancólico, rico de fe y de sabiduría pero casi un Robinson. Y tantos americanos de áspero destino. Medita- mos, soñamos. Ellos como Isaacs se confun- dieron con América y son ella misma. La mi- rada da un viraje y se mete entre la niebla densa... por fin el perfil de un paisaje claro: el pasado. Una realidad dura pero hermosa: Amé- rica.

Sí. Comprendemos. Queremos, lo desea- mos con todas las fuerzas mantenernos serenos en la contemplación de una dimensión de la historia de nuestros pueblos, de esa historia que también nos pertenece, en cierto modo a nosotros. Cuya responsabilidad no puede elu- dir nadie porque está desacreditado el expen- diente de descargo: Yo no estaba en el puen- te de mando. Estaba pensando en la vida de un colombiano ilustre: en Jorge Isaacs. A través de esa vida atormentada en que hay poca alegría y mucha amargura y fracaso, lucha y desventura. A lo largo de la existencia de Isaacs, me pregunto: ¿es justo que las cosas ocurran de ese modo? Pero volvamos al gran novelista de *María*.

Creo es interesante hacer conocer un po- co más la forma en que el poeta colombiano concibió y alumbró la novela inmarchitable, junto a la cual los tontos pasan: Ah, Jorge Isaacs y su *María*, la novela de un romántico. Y se quedan tan frívolamente pedantes, como si conocieran de veras la vida de un eximio y combativo soñador de Colombia.

Lo que estaba sudando y sufriendo y *des- crestándose*, como dice el habla popular de Chi- le, el poeta cuando concibió esa novela la cual califican unánimemente Concha Meléndez y Benjamín Carrión, como la primera novela en rigor, que se escribe en Hispanoamérica.

Estaba Jorge Isaacs como subinspector del

camino de Buenaventura. Naturaleza hermosa, sol sofocante, reptiles venenosos, paludismo ecechando por todas partes. Dirigía 300 o 400 obreros que lo adoraban. Cuando su gente tra- bajadora descansaba, extenuado: "Trabajé y luché hasta caer medio muerto", sueña en su amado Valle del Cauca. En un rancho, a la luz de la lamparilla, un soñador acompañado por las estrellas, va escribiendo...

Allí estuvo un año, del 64 al 65. Lo sa- can con paludismo para volverlo a la región nativa: al Valle. En la convalecencia, siem- pre en diálogo con su paisaje, concluye *María*.

Es un costado de la vida de Jorge Isaacs que seguramente desconocían algunos. Con el remordimiento de haberlo maltratado en ar- tículo volandero, finalizo mis cuartillas. Con el remordimiento de otros, que hago mío, de que en América nos conozcamos tan mal — ¡pero si hasta en la propia casa venezolana!—. Se despacha a la gente con un frase. O con un

preconcepto. No se le pregunta, como a Isaacs, que fué aquello en que soñó, y por qué estu- vo en la vida con éstos o aquéllos pasos.

Cada profesión tiene su lote. Creo, lo di- ce Montesquieu en su *Espíritu de las Leyes*. Isaacs aceptó en Colombia el que le tocó co- mo intelectual de su tiempo. El epidemiólogo va hasta con miedo a la población contami- nada. El militar, cuya vocación ha definido tan bien otro soldado escritor, Alfred de Vign- ny, sabe que su deber es avanzar sereno con- tra la metralla. Es tontería entonces, interrogar al escritor —oficio que en América acarrea más sinsabores que alegrías— por qué debe cumplir con ciertos deberes que son para él obligación, actividad tan elemental, como el cortarse el pelo o el afeitarse.

Es la explicación de por qué, el autor de una novela idílica, fué también un denodado ciudadano de Colombia: Jorge Isaacs.



Recuerdos del Ballet Alicia Alonso
(Lago de los Cisnes)

Por J. E. Guier.

En la meseta de Anáhuac

EXPOSICION DE CUADROS

(Envío de S. A., en México, D. F. Junio de 1949).

- 1.—*El Nopal*. (Acuarela).
Alfiletero verde
en floración,
colección de mariposas.
- 2.—*El Girasol*. (Pastel).
Narciso negro y oro
que se vuelve rehilete
para admirarse mejor.
- 3.—*El águila*. (Estudio al carbón).
Nube negra
que espera para llover
un nopal o un tostón.
- 4.—*La Iglesiasita*. (Oleo).
Oración de indio;
blanca como la tortilla
y como su calzón.
- 5.—*El Buey*. (Wash).
Filósofo peripatético
que entre surco y surco
da lecciones al Ford.
- 6.—*Ixtaccihuatl*. (Acuarela).
Pezón de la doncella dormida
- 7.—*Magueyes*. (Fresco).
Teta del llanto maternal
que secreta leche dulce
(alimento de criminal).
- 8.—*Grupo de Indios*. (Fresco).
Indios tristes bajo el sarape;
viejos ídolos de exportación
(dentro de su funda dormita el
[machete]).
- 9.—*La Bandera*. (Fresco en una escuela ru-
ral).
Refresco de limón,
de horchata
y de sandía.
- 10.—*Joven de México City*. (Fotografía por
un turista).
Pistola con espuelas
y un gran sombrero
(que cubre una revolución en
[perspectiva]).

Rafael CUERVO.

El traje hace al caballero

y lo caracteriza

Y la SASTRERIA

"LA COLOMBIANA"

de FRANCISCO GOMEZ e HIJO

le hace el traje en pagos semanales o mensuales o al contado. Acaba de recibir un surtido de casimires en todos los colores, y cuenta con operarios competentes para la confección de sus trajes.

Especialidad en trajes de etiqueta

Tel. 3283 — 30 vs. Sur Chelles
Paseo de los Estudiantes